

brazos, y no se quería separar de ella. Se atribuyó esta pasión a encantamiento: examinada la joven muerta, le encontraron una perla pequeña debajo de la lengua. La perla fué arrojada a un pantano: Carlomagno, furiosamente enamorado de este pantano, mandó rellenarlo, edificando sobre él un palacio y una iglesia, para pasar su vida en el uno y su muerte en la otra. Las autoridades de esta narración son el arzobispo Turpin y Petrarca.

Si estuviera concluida la catedral de Colonia, sería el monumento gótico más bello de Europa. Los frailes eran los pintores, escultores, arquitectos y albañiles de sus basílicas; se glorificaba con el título de maestro albañil: *cæmentarius*.

Colonia me trajo a la memoria a Calígula y San Bruno; he visto el resto de los diques del primero en Bayes, y la celda del segundo en la Gran Cartuja.

Subí el Rin hasta Coblenza (*Confluentia*). El ejército de los príncipes ya se había marchado. Atravesé estos reinos vacíos: *inania regna*; vi este hermoso valle del Rin, la mansión de las musas bárbaras, donde solían aparecer los caballeros alrededor de las ruinas de sus castillos, y se escucha por la noche ruido de armas cuando va a sobrevenir la guerra.

Entre Coblenza y Tréveris caí en el ejército prusiano: desfilaba al largo de la columna, cuando a la altura de las guardias vi que marchaban en batalla; el rey y el duque de Brunswick ocupaban el centro del cuadro, formado por los granaderos de Federico. Mi uniforme blanco atrajo las miradas del rey, me mandó llamar, y el duque de Brunswick y él se quitaron el sombrero, y saludaron en mi persona al antiguo ejército francés. Me preguntaron mi nombre, el de mi regimiento, y el lugar donde iba a reunirme con los príncipes. Esta acogida militar me conmovió: respondí emocionado que, habiendo sabido en América la desgracia de mi rey, había vuelto para derramar mi sangre en servicio suyo. Los oficiales y generales que rodeaban a Federico Guillermo mostraron su aprobación con un gesto, y el monarca prusiano me dijo: «Caballero, siempre se conocen los sentimientos de la nobleza francesa.» Se quitó de nuevo el sombrero, permaneciendo descubierto y parado, hasta que hube desaparecido detrás de la masa de granaderos.

Una escena extraña, que ya se había repetido con otros, estuvo a punto de ha-

cerme retroceder. No me querían admitir en Tréveris, adonde había llegado el ejército de los príncipes. «Yo era uno de estos hombres que esperan los sucesos para decidirse; hacia ya tres años que debía estar ahí; llegaba cuando era segura la victoria. No me necesitaban; había demasiados valientes después del combate. Todos los días desertaban escuadrones de caballería; hasta la artillería se pasaba en masa; y si esto continuaba, no se sabría qué hacer de tanta gente.» ¡Prodigiosa ilusión de los partidos!

Mi primo Armando de Chateaubriand, a quien encontré, me tomó bajo su protección, reunió los bretones, y defendió mi causa. Me llamaron; me expliqué; dije que volvía de América para tener el honor de servir con mis camaradas; que la campaña no había comenzado, de modo que llegaba a tiempo para la primera batalla; que me retiraría si lo exigían, pero después de haber obtenido una satisfacción por el insulto inmerecido que se me hacía. El asunto se arregló: como yo era buen muchacho, me recibieron en las filas, y no tuve ya más inconveniente que el de la elección.

EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES. — ANFITEATRO ROMANO. — ATALA. — LAS CAMISAS DE ENRIQUE IV. — VIDA DE SOLDADO. — ÚLTIMA REPRESENTACIÓN DE LA ANTIGUA FRANCIA MILITAR. — EMPIEZA EL SITIO DE THIONVILLE. — EL CABALLERO DE LA BARONNAIS. — CONTINUACIÓN DEL SITIO. — CONTRASTES. — SANTOS EN LOS BOSQUES. — BATALLA DE BOUVINES. — PATRULLAS. — ENCUENTRO IMPREVISTO. — EFECTO DE UNA BALA Y UNA BOMBA.

El ejército de los príncipes se componía de caballeros clasificados por provincias, que servían en calidad de simples soldados; la nobleza se remontaba a su origen, y al de la monarquía, en el momento mismo que esta nobleza y esta monarquía acababan como un anciano que vuelve a la infancia. Había también brigadas de oficiales emigrados de diversos regimientos, igualmente convertidos en soldados; entre ellos estaban mis camaradas de Navarra, conducidos por su coronel, el marqués de Mortemart. Estuve tentado a afiliarme con La Martinière; pero el patriotismo de Armórica triunfó. Me alisté en la séptima compañía bretona, que estaba mandada por el señor de Goyon-Miniac.

Nuestro ejército estaba compuesto por la infantería de soldados nobles y oficiales: cuatro compañías de desertores, vestidos con los uniformes de los regimientos de que procedían; una compañía de artillería, varios oficiales de ingenieros, con algunos cañones, obuses y morteros de diversos calibres (la artillería y los ingenieros que abrazaron la causa de la revolución obtuvieron en el exterior la victoria). Una hermosa caballería de carabineros alemanes, de mosqueteros, a las órdenes del viejo conde de Montmorin; oficiales de la marina de Brest, de Rochefort y de Tolón, apoyaban nuestra infantería. Mis camaradas estaban muy alegres: yo tenía deseos de llorar cuando veía pasar a estos dragones del Océano, que no gobernaban ya los navíos que humillaron a los ingleses y libertaron la América. En vez de ir a buscar nuevos continentes que legar a Francia, estos camaradas de la Perouse se hundían en los barrizales de Alemania. Montaban los caballos consagrados a Neptuno, pero habían cambiado de elemento, y la tierra no era para ellos. En vano su comandante alzaba sobre su cabeza el pabellón destrozado de la *Belle-Poule*: santa reliquia de la bandera blanca, en cuyos jirones anidaba aún el honor, pero de donde había huido ya la victoria.

Teníamos tiendas; por otra parte, no carecíamos de nada. Nuestros fusiles alemanes, armas de rebusco, que pesaban horriblemente, nos destrozaban la espalda, y frecuentemente no se podía tirar con ellos. Yo hice toda la campaña con uno de esos mosquetes, completamente inservible.

Permanecemos dos días en Tréveris. Me alegré mucho de ver ruinas romanas después de haber visto las ruinas sin nombre del Ohio; visité esta ciudad, tan frecuentemente saqueada, de la cual decía Salviano: «Fugitivos de Tréveris: queréis espectáculos; pedís a los emperadores los juegos del Circo; y os pregunto, ¿para qué Estado, para qué pueblo, para qué ciudad?» *Theatra igitur queritis, circum a principibus postulatis? Cui, quæso, statui, cui populo, cui civitati?*

Fugitivos de Francia, ¿dónde estaba el pueblo para quien queríamos restablecer los monumentos de San Luis?

Me sentaba en medio de las ruinas con mi fusil; sacaba de mi mochila el manuscrito de mi viaje a América; poniendo las páginas separadas en la hierba alrededor mío, releía y corregía una des-

cripción de un bosque, un pasaje de *Atala*, entre las ruinas de un anfiteatro romano, preparándome de esta manera a conquistar la Francia. Después recogía mi tesoro, cuyo peso, unido al de mis camisas, mi capote, mi jarro de estaño, mi botella forrada de esparto y mi Homero, me hacían esputar sangre. Intentaba meter a *Atala* con mis inútiles cartuchos en mi cartuchera; mis compañeros se burlaban de mí, y arrancaban las hojas que asomaban por los dos lados de la cubierta de cuero. La Providencia me socorrió: habiéndome acostado una noche en un pajar, no hallé al despertar mis camisas, y me habían dejado mis papeles. Di gracias a Dios, pues este accidente aseguraba mi gloria. Me salvó la vida, porque las sesenta libras que pesaban sobre mis espaldas me hubieran lastimado el pecho. «¿Cuántas camisas tengo?», preguntó Enrique IV a su camarero. «Una docena, señor; pero hay algunas destrozadas.» «Y pañuelos, ¿tengo ocho?» «Ya no quedan más que cinco.» El bear-nés ganó la batalla de Ivry sin camisas; pero yo no he podido devolver su reino a sus hijos perdiendo las mías.

Llegó la orden de marchar a Thionville. Andábamos cinco o seis leguas diarias. El tiempo era pésimo; caminábamos en medio de la lluvia y por el fango, cantando: *Oh Richard! Oh mon roi! Oh pauvre Jacques!* Al llegar al campamento, como no teníamos ni furgones, ni viveres, íbamos con asnos, que seguían la columna como una caravana árabe, a buscar qué comer en las granjas y los pueblecillos. Pagábamos muy escrupulosamente; sin embargo, yo sufrí una facción correccional por haber tomado impensadamente dos peras en el jardín de un castillo.

Instalamos al azar nuestras tiendas, cuyo lienzo teníamos que sacudir frecuentemente para impedir que penetrara el agua. Éramos diez soldados para cada tienda; estábamos todos encargados por turno de la cocina: uno cuidaba de la comida, otro iba por el pan, y otro por la leña y por la paja. Yo hacía la sopa maravillosamente; recibía muchos elogios cuando hacía el rancho al estilo de Bretaña; como había aprendido a soportar el humo entre los iroqueses, no me molestaba mi lumbre hecha de ramajes verdes. Aquella vida de soldado era muy divertida; me creía todavía entre los indios.

Una cosa me molestaba: lavar mi ca-

misa; era preciso hacerlo con frecuencia, porque los atentos ladrones no me habían dejado más que la que llevaba puesta y otra que me había prestado mi primo Armand. Cuando jabonaba mis calzoncillos, mis pañuelos y mi camisa a la orilla de un arroyuelo, con la cabeza baja y los riñones en alto, me daban vahidos; el movimiento de los brazos me causaban un dolor insoportable en el pecho. Tenía necesidad de sentarme entre las colas de caballo y los berros, y en medio del movimiento de la guerra me divertía viendo correr el agua. Lope de Vega hace lavar la *venda del amor* a una pastorcilla; esta pastora me hubiera sido muy útil para un pequeño turbante de abedul que recibí de mano de mis florideñas.

Un ejército se compone ordinariamente de soldados casi de la misma edad, de la misma estatura, de la misma fuerza. El nuestro era bien diferente por cierto: reunión confusa de ancianos, de jóvenes salidos de sus palomares, con la jerga normanda, bretona, la de Picardía, gascona, provenzal, del Langüedoc y Bearn. Este ejército feudal, tan ridículo, al parecer, tenía nobleza, sin embargo, porque estaba animado por convicciones sinceras; ofrecía el espectáculo de la vieja monarquía, y la última representación de un mundo que pasaba. Yo vi caballeros ancianos, de aspecto severo, pelo gris, con el traje destrozado, con el morral y el fusil a la espalda, marchar con el bastón en la mano apoyados en el brazo de uno de sus hijos: yo vi al señor de Boishue, padre de mi camarada, muerto en los Estados de Rennes, a mi lado, caminar solo y triste, con los pies desnudos sobre el lodo, llevando sus zapatos en la punta de su bayoneta, por temor de gastarlos; vi también jóvenes heridos, arriados al tronco de un árbol, recibiendo los auxilios de un capellán con levita y estola, que los enviaba a San Luis, cuyos herederos se habían esforzado en defender. Todo ese ejército pobre hacía la guerra a su costa, sin recibir un cuarto de los príncipes, mientras que los decretos lo acababan de despojar de sus bienes, encerrando nuestras mujeres y nuestras madres en calabozos.

Los viejos de otras épocas eran menos desgraciados que los de hoy; si viviendo habían perdido sus amigos, pocas cosas habían cambiado a su alrededor; aunque extraños a la juventud, no lo eran a la sociedad. Ahora, un rezagado en el mundo, no sólo ha visto morir a los hom-

bres, sino también las ideas, principios, costumbres, gustos, placeres, penas, sentimientos, nada se parece a lo que él ha conocido. Termina sus días en medio de una raza diferente de la especie humana.

Y, sin embargo: ¡Francia del siglo XIX, aprende a estimar esta vieja Francia que te ha criado! ¡Tú serás vieja también y se te acusará, como se me acusaba, de tener ideas anticuadas! ¡Habéis vencido a vuestros padres; no los renegáis; habéis salido de su sangre! Si no hubieran sido generosamente fieles a las antiguas costumbres, no habríais bebido en esta fidelidad nativa la energía que ha producido vuestra gloria en las nuevas ideas; entre las dos Francias, no hay más que una transformación de virtud.

Junto a nuestro campamento, indigente y obscuro, existía otro brillante y rico. En el estado mayor abundaban los furgones llenos de comestibles; no se veían más que cocineros, criados y ayudantes de campo. Nada representaba mejor la corte y la provincia, la monarquía que expiraba en Versalles, y la monarquía moribunda en los matorrales de Duguesclín. Odiábamos a los ayudantes de campo; cuando había alguna escaramuza delante de Thionville, gritábamos: «¡Adelante los ayudantes de campo!», al par que los patriotas gritaban: «¡Adelante los oficiales!»

Sentí oprimírseme el corazón cuando llegamos en medio de un día obscuro a penetrar en un bosque que era ya de Francia. Me causó una impresión inexplicable atravesar, armado, la frontera de mi país; tuve una especie de revelación del porvenir, tanto más, cuanto que yo no participaba de las ilusiones de mis camaradas; yo estaba como Falkland en el ejército de Carlos I. No había un caballero de la Mancha, por enfermo y raquítico que fuese, que no se creyera muy capaz de hacer huir él solo a cincuenta jóvenes vigorosos de los patriotas. Este respetable y complaciente orgullo, fuente de prodigios en otra época, no me dominaba; no me sentía convencido de la fuerza de mi invencible brazo.

Aparecimos invictos en Thionville en 1.º de septiembre, porque en el camino no encontramos a nadie. La caballería acampó a la derecha, la infantería a la izquierda, en el camino real que conducía a la ciudad por la parte de Alemania. Desde nuestro campamento no se descubría la fortaleza; pero, seiscientos pasos

más adelante, se llegaba a la cresta de una colina, desde la que se veía el valle de Moselle. Los caballeros de la marina unían la derecha de nuestra infantería con el cuerpo austriaco del príncipe de Waldeck. La izquierda de la infantería estaba protegida por mil ochocientos caballos de la Maison Rouge, y de Royal Allemand. Nos atrincheramos por el frente en una zanja, con las armas en pabellones. Las ocho compañías bretonas ocupaban dos calles transversales del campamento; detrás de nosotros formaba la compañía de oficiales de Navarra, mis camaradas.

Concluídos estos trabajos en tres días, se presentaron *Monsieur* y el conde de Artois; después de reconocer la plaza intimaron en vano la rendición, aunque pareciese Wimpfen dispuesto a rendirla. Nos alojamos en la carretera, a la entrada de un pueblecillo que sirve de arrabal a la ciudad, fuera de la fortificación que defendía el puente. El fuego se fué rompiendo casa por casa; nuestra avanzada se mantuvo en posesión de las que había tomado. Mi primo Armand, que se halló en este primer encuentro, se comportó perfectamente. Mientras se batían en el pueblecillo, mi compañía fué a establecer una batería a la entrada de un bosque que dominaba una colina, en cuya ladera había viñas que bajaban hasta la llanura adherente a las fortificaciones exteriores de Thionville.

El ingeniero que nos dirigía nos hizo levantar una batería de césped destinada a nuestros cañones; construimos también un ramal paralelo, para ponernos a cubierto del fuego de la plaza. Estas obras iban con mucha lentitud, porque todos, oficiales jóvenes y viejos, estábamos poco acostumbrados a manejar la pala y el azadón. Careciendo de espuestas, llevábamos la tierra en nuestros vestidos, que nos servían de sacos. El fuego de una tronera nos incomodaba, tanto más, cuanto que no podíamos contestarlo, pues toda nuestra artillería consistía en dos piezas de a ocho, y un obús a la Cohorn, que no estaban a tiro. El primer obús que disparamos cayó fuera del glacis; esto excitó la burla de la guarnición. Pocos días después recibimos cañones y artilleros austriacos. Cada veinticuatro horas eran relevados en esta batería cien hombres de infantería y un piquete de caballería de los marinos. Los sitiados se dispusieron a atacarla; con el telescopio se veían sus movimientos

en las murallas. A la entrada de la noche se divisó una columna que salía por una poterna, y que tomaba la luneta al abrigo de un camino cubierto. Mi compañía fué enviada de refuerzo. Quinientos patriotas empeñaron la acción al amanecer, en el pueblecillo, sobre el camino real, encima de la ciudad; después, contramarchando por la izquierda, atravesaron por las viñas para coger nuestra batería por el flanco. La marina cargó con valor, pero fué envuelta, y nos dejó descubiertos. Como estábamos mal armados para tirotearnos, cargamos a la bayoneta. Los sitiados se retiraron no sé por qué; si hubieran resistido, nos hacen prisioneros.

Tuvimos muchos heridos y algunos muertos; entre ellos el caballero de La Baronnais, capitán de una de las compañías bretonas. La bala que le quitó la vida rebotó en el cañón de mi fusil, con tal fuerza, que le atravesó las dos sienas; su cerebro me saltó a la cara. Cuando el mariscal de Aubeterre tuvo los Estados de Breaña, fué a casa de La Baronnais, padre, pobre caballero que vivía en Dinard, cerca de Saint-Malo; el mariscal, que había rogado a su huésped que no convidase a nadie, vió al entrar una mesa con veinticinco cubiertos, y le reprendió amistosamente: «Monseñor, le contestó el señor de La Baronnais: no tengo a comer más que a mis hijos.» Tenía veintidós hijos y una hija, todos de la misma madre. La revolución segó antes de agosto esta rica cosecha de aquel padre de familia.

El cuerpo austriaco de Waldeck empezó a operar. El ataque fué más vivo por nuestra parte. Por la noche era un espectáculo magnífico: ollas de fuego iluminaban las obras de la plaza cubiertas de soldados; luces súbitas herían las nubes o el cenit azul cuando se aplicaba la mecha a los cañones; las bombas, al cruzarse por el aire, describían una parábola de luz. En los intervalos de las detonaciones se oían los redobles del tambor, las músicas militares y la voz de los centinelas de Thionville y de nuestras avanzadas; por desgracia gritaban en francés en los dos campos: «¡Centinela, alerta!»

Si el combate era al amanecer, entonces el himno de la alondra sucedía al ruido de la fusilería, en tanto que los cañones que no tiraban nos miraban por las troneras con sus abiertas bocas. El canto

del ave, despertando los recuerdos de la vida pastoral, parecía reprender a los hombres. En los bosques encontraba santos e imágenes de la Virgen junto a los desastres de la guerra. Un cabrero, un pastor, un mendigo, arrodillados ante estos pacificadores, murmuraban su oración en medio del estruendo de la artillería.

Nuestros padres creían que los patrones de los lugarejos *Jean le Silencioso*, *Dominique le Encuirasse*, *Jacques l'Interceis*, *Paul le Simple*, *Basle l'Ermite*, y tantos otros, influían en el triunfo de las armas que protegían sus conchas. El mismo día de la batalla de Bouvines los ladrones se introdujeron en Auxerre en un convento bajo la invocación de San Germán, y robaron los vasos sagrados. El sacristán se presentó ante la urna del bienaventurado obispo, murmurando entre gemidos: «Germán, ¿dónde estabas tú cuando estos ladrones se han atrevido a violar tu santuario?» Una voz, que salía del sepulcro, respondió: «Estaba junto a Cisoing, no lejos del puente de Bouvines; con otros santos ayudaba a los franceses y a su rey, que han ganado una gran batalla con nuestro socorro.»

Cui fuit auxilio victoria prestita nostro.

Hicimos varias batidas por la llanura, y los llevamos hasta las trincheras de Thionville. La aldea del camino real, del otro lado del Moselle, era conquistada y perdida continuamente. Yo me hallé dos veces en estos asaltos. Los patriotas nos trataban de *enemigos de la libertad*, de *aristócratas*, de *satélites de Capeto*; por nuestra parte, los llamábamos *bandidos*, *corta-cabezas*, *traidores* y *revolucionarios*. Nos deteníamos alguna vez, y se verificaba un duelo en medio de los combatientes, convertidos en festigos imparciales: ¡singular carácter del pueblo francés, que las mismas pasiones no logran cambiar!

Un día que yo estaba de patrulla en una viña, había a veinte pasos de mí un caballero anciano, cazador, que golpeaba las cepas con su escopeta, como para descubrir la liebre; después miraba a su alrededor con la esperanza de ver salir un patriota; todos conservaban allí sus costumbres. Otro día fui a visitar el campo austriaco; entre él y el de la caballería de la marina se desplegaba la cortina de un bosque, que servía de blanco a los cañones de la plaza; la ciudad tiraba demasiado, porque nos creía en mayor número del que éramos en realidad, lo cual

explica los pomposos boletines del jefe de Thionville. Al atravesar el bosque, vi una cosa que se removía en la hierba; me acerco; era un hombre tendido boca abajo; creyéndolo herido lo cogí por el cuello, y le levanté un poco la cabeza. Abre los ojos espantados; se incorpora un poco apoyándose en sus manos, y suelto una carcajada: ¡era mi primo Moreau! No lo había visto desde nuestra visita a la señora de Chatenay. Una bomba lo había derribado y no le había sido posible levantarse. Yo tuve mucha dificultad en ponerlo en pie; su barriga se había triplicado. Me contó que servía en los suministros, y que iba a ofrecer bueyes al príncipe de Waldeck. Iba provisto de un rosario; Hugues Métel habla de un lobo que resolvió hacerse monje; pero, no habiendo podido habituarse a la abstinencia, se hizo canónigo.

Al regresar al campamento atravesé junto a mí un oficial de ingenieros, llevando su caballo de la brida; una bala de cañón hirió al animal por lo más estrecho del cuello; la cabeza y el cuello quedaron suspendidas de la mano del jinete, que cayó al suelo con su peso. Vi caer una bomba en medio de un círculo de oficiales de marina, que estaban comiendo sentados en círculo; la gamella desapareció; los oficiales, envueltos en la arena, gritaban como el viejo capitán de navío: «¡Fuego a estribor, fuego a babor, fuego en todas partes, fuego en mi peluca!»

Estos golpes singulares parece que son propiedad de Thionville: en 1558, Francisco de Guisa puso sitio a esta plaza. El mariscal Strozzi murió allí, estando hablando en la trinchera al dicho señor de Guisa, que tenía apoyada la mano sobre su hombro.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

MERCADO DEL CAMPAMENTO. — NOCHE EN LOS PABELLONES DE ARMAS. — PERRO HOLANDÉS. — RECUERDO DE LOS MÁRTIRES. — MI COMPAÑÍA EN LAS AVANZADAS. — EUDORO. — ULISES. — PASO DE LA MOSELLE. — COMBATE. — LIBBA, SORDA Y MUDA. — ATAQUE DE THIONVILLE. — LEVANTAMIENTO DEL SITIO. — ENTRADA EN VERDÚN. — ENFERMEDAD PRUSIANA. — RETIRADA. — VIRUELA.

Detrás de nuestro campamento se había instalado una especie de mercado. Los paisanos habían traído barriles de

vino blanco de Moselle, que dejaban en los carros. Se freían salchichas, se vendían galletas anisadas, panes de centeno, pasteles de maíz, manzanas verdes, huevos encarnados o blancos, pipas de tabaco, bajo un árbol, de cuyas ramas colgaban capotes de paño burdo. Alrededor de los fogones se veían las vivanderas con blusa y los militares con uniforme. Las cantineras charlaban en alemán y en francés. Unos estaban en pie, otros sentados en mesas de pino colocadas sobre un suelo desigual. Cada uno se abrigaba como podía, bajo un lienzo de embalar, o bajo ramas cortadas en el bosque como en Pascua Florida. Se reía, se cantaba, se fumaba. La escena era muy divertida por la noche, entre las luces que la alumbraban en la tierra y las estrellas que brillaban encima.

Cuando no me tocaba estar de guardia en las baterías ni de servicio en la tienda, me gustaba cenar en el ferial, donde repetíamos las historias del campamento; pero allí, animadas por los brindis, eran mucho más hermosas.

Uno de nuestros camaradas, capitán por privilegio, cuyo nombre se ha obscurecido bajo el de *Dinarzade*, que nosotros le pusimos, se hizo célebre por sus cuentos; hubiera sido más correcto llamarlo *Sheherazade*, pero nosotros no éramos escrupulosos. Era de corta estatura, de piernas largas, cara lacia, bigotes tristes, de ojos atravesados, voz gruesa, gran espada con vaina de color café con leche, presencia de poeta militar, Dinarzade, chocarrero serio, no se reía nunca, y no se le podía mirar sin reír. El era el testigo obligado de todos los duelos, el amante de todas las damas de mostrador. Tomaba a lo trágico todo lo que decía, y sólo interrumpía su narración para beber en una botella, encender su pipa o tragar una salchicha.

Cierta noche que lloviznaba, formábamos corro junto a la espita de un tonel inclinado hacia nosotros desde una carreta, cuyas varas estaban en el aire. Una vela pegada en el barril nos alumbraba; una arpillera colocada diestramente nos servía de techo. El capitán, con su espada atravesada a lo Federico II, de pie junto a la rueda del carro, contaba una historia con gran satisfacción nuestra. Las cantineras que nos llevaban la pitanza se quedaban allí para escuchar a nuestro árabe. La tropa atenta de bacantes y silenos que formaban la comparsa, acompañaba la narración con gestos

de sorpresa, aprobación o desaprobación.

«—Señores — decía el narrador—: ¿habéis conocido al caballero Vert, que vivía en tiempo del rey Juan?» y todos respondían: «Sí, sí», mientras él engullía una salchicha.

«—Este caballero Vert, como sabéis, puesto que lo habéis visto, era muy hermoso: cuando el viento levantaba sus cabellos rojos sobre su casco, parecía una guirnalda de lino sobre un turbante verde.» La asamblea gritaba: «¡Bravo, bravo!»

«—En una noche de mayo sonó una bocina en el puente levadizo de un castillo de Picardía o de la Auvernia, poco importa. En aquel castillo vivía la *dama de las grandes compañías*. Recibió bien al caballero; lo hizo desarmar y conducir al baño, y fué a sentarse con él en una magnífica mesa; pero ella no comió, y los pajes que la servían eran mudos.»

La asamblea: «¡Oh! ¡oh!»

«—La dama, señores, era grande, chata, flaca y dislocada, como la mujer del Mayor; además, tenía el aire de una coqueta. Cuando reía y enseñaba sus dientes largos bajo su corta nariz, no se sabía ya donde estaba. Ella se enamoró del caballero, y él de la dama, a pesar de que le daba miedo.»

El narrador vació la ceniza de su pipa y quiso llenarla de nuevo; pero se le obligó a continuar.

«—El caballero Vert, muy anonadado, se resolvió a abandonar el castillo; pero antes de partir, pidió a la castellana explicación de muchas cosas extrañas; ofreciéndola al mismo tiempo su blanca mano, con tal de que no fuera hechicera.»

Sentados e inclinados hacia adelante, formábamos alrededor de Dinarzade, con nuestras pipas, una guirnalda de chispas como el anillo de Saturno. De repente, fuera de sí, gritó: «¡Pues, señores: la *dama de las grandes compañías* era la muerte!»

Y rompiendo las filas siguió gritando: «¡La muerte! ¡la muerte!», haciendo huir a todas las cantineras. La sesión se levantó; el ruido fué grande, y las risotadas se prolongaron bastante. Nos acercamos a Thionville al ruido del cañón de la plaza.

El sitio continuaba, o, mejor dicho, no había sitio, porque no se abría brecha y no había tropa suficiente para el asalto. Se contaba con inteligencias y se aguardaba la noticia de los triunfos del ejército

fué el instigador de la muerte de las jóvenes de Verdún. Es increíble lo que el *Almanaque de las musas* ha dado de agentes al terror. Pons unió a sus epigramas embotados la punta de un puñal. Fiel en apariencia a las tradiciones griegas, el poeta no quería ofrecer a sus dioses más que la sangre de las vírgenes; porque la Convención había decretado, a consecuencia de su informe, que ninguna mujer embarazada pudiera ser llevada a los tribunales. Hizo anular también la sentencia que condenaba a la señora de Bonchamp, viuda del célebre general vandeano.

Ya no estaba en Verdún «aquella famosa condesa de Saint-Balmont, que, después de haber dejado el traje de mujer, montaba a caballo escoltando a las damas que la acompañaban, y que había dejado en su carruaje...»

La enfermedad de los prusianos se extendió a nuestro ejército, y fui atacado de ella. Nuestra caballería había ido a reunirse con Federico Guillermo en Valmy. Ignorábamos lo que sucedía, y cuando esperábamos la orden de avanzar, recibimos la de retirarnos.

Extremadamente débil, y no permitiéndome la herida marchar sino con dolor, seguí como pude a mi compañía, que se desbandó a poco. Juan Balue, hijo de un molinero de Verdún, salió muy joven de casa de su padre, con un monje, que lo encargó de su alforja. Al salir de Verdún yo conducía la alforja de la monarquía, pero no he sido ni intendente, ni obispo, ni cardenal.

Si en mis novelas he referido, he contado algo de mi propia historia, en las historias que he contado intercalé recuerdos de la historia viva, de que he formado parte. Así, en la vida del duque de Berry, he descrito algunas escenas que habían pasado ante mis ojos.

«Cuando se licenció un ejército, éste vuelve a sus hogares; pero, ¿los soldados del ejército de Condé tenían hogares? ¿A dónde había de guiarlos el palo que apenas se les permitía cortar en los bosques de Alemania, después de haber entregado el mosquete que habían cogido para defender a su rey?»

»Fué preciso separarse. Los hermanos de armas se dieron un adiós, y siguieron diversos caminos. Todos fueron a saludar antes de partir a su padre y capitán, el anciano Condé, de blanca cabellera, el patriarca de la gloria, quien dió la bendi-

ción a sus hijos, lloró por su tribu dispersa, y vió abatir las tiendas de su campamento con el dolor de un hombre que ve hundirse el techo paternal.»

Abandonamos Verdún. Las lluvias habían destrozado los caminos; por todas partes se encontraban arzones, cureñas, cañones empantanados, soldados expirantes o muertos en el lodo. Al atravesar un campo labrado, estuve mucho tiempo atollado con el barro hasta la rodilla; Ferron y un camarada me sacaron a mi pesar; yo les suplicaba que me dejaran, porque prefería morir.

El capitán de mi compañía, el señor de Goyon-Miniac, me entregó el 16 de octubre un certificado muy honorífico. En Arlou vimos una fila de carretas; los caballos, unos en pie otros arrodillados; algunos, en las varas, yacían muertos. Parecía la sombra de una batalla que vivaqueara a la orilla de la Estigia. Me preguntó Ferron lo que pensaba hacer, y le respondí: «Si consigo llegar a Ostende, me embarcaré para Jersey, donde estará mi tío de Bedée; y desde allí podré ir a reunirme a los realistas de la Bretaña.»

La fiebre me minaba; difícilmente me sostenía sobre mi pierna hinchada. Me sentí acometido de otro mal. Después de grandes vómitos, un salpullido cubrió todo mi cuerpo; se declaró una viruela pequeña, que aparecía y desaparecía alternativamente, según las impresiones del aire. En este estado emprendí a pie un viaje de doscientas leguas, con la riqueza de diez y ocho libras tornesas; todo esto, para mayor gloria de la monarquía. Ferron, después de prestarme aquella suma, me abandonó, porque lo esperaban en Luxemburgo.

Londres, de abril a septiembre de 1822

Revisado en febrero de 1845.

LAS ARDENAS. — FURGONES DEL PRÍNCIPE DE LIGNE. — MUJERES DE NAMUR. — ENCUENTRO EN BRUSELAS A MI HERMANO. — NUESTRA ÚLTIMA DESPEDIDA. — OSTENDE. — PASAJE A JERSEY. — DESEMBARCO EN GUERNESEY. — LA MUJER DEL PILOTO. — JERSEY. — MI TÍO DE BEDÉE Y SU FAMILIA. — DESCRIPCIÓN DE LA ISLA. — EL DUQUE DE BERRY. — PARIENTES Y AMIGOS PERDIDOS. — INCONVENIENTES DE ENVEJECER. — PASO A INGLATERRA. — ÚLTIMO ENCUENTRO CON GESRIL.

Al salir de Arlon me ajusté con un carretero, que me condujo cinco leguas por

cuatro sueldos, dejándome sobre un montón de piedras. Di algunos pasos ayudado de mi muleta, y lavé el lienzo de mi herida en un arroyo que corría a orillas del camino. La viruela había salido completamente, y me sentí aliviado. No había abandonado mi saco, que me cortaba las espaldas con las correas.

Pasé la noche en una granja, sin probar ningún alimento. La mujer del propietario no quiso el precio de la cama; al amanecer me ofreció una taza de café con leche, con panecillo negro, que encontré excelente. Me puse en camino gallardamente, aunque me acontecía el caer muy a menudo. Cuatro camaradas que me alcanzaron, a pesar de hallarse enfermos, tomaron mi mochila. Encontramos aldeanos, y de carreta en carreta hicimos en cinco días bastante camino por las Ardenas, y llegamos a Attert, Flamizoul y Bellevue. Al sexto día me dejaron solo; la viruela blanqueaba y se caía.

Después de andar dos leguas, que me costaron seis horas, descubrí un aduar de bohemios. Apenas llegué me dejé caer, y las singulares criaturas se apresuraron a socorrerme. Una mujer joven, andrajosa, viva, morena, revoltosa, cantaba, saltaba, daba vueltas, llevando su hijo atravesado sobre el seno; se inclinó, tomando mi mano moribunda para decirme la buena ventura, y pidiéndome un *sueldito*. Era difícil tener más ciencia, gentileza y miseria que la de mi Sibila de las Ardenas. Ignoro cuándo me abandonaron los nómadas, de los que yo hubiera sido un hijo digno; pero al amanecer ya no los vi. Mi buenaventurera se había ido con el secreto de mi porvenir. En cambio del sueldo, me dejó una manzana que sirvió para refrescarme la boca. Me desperecé, como Jeannot Lapin, entre el *tomillo* y el *rocío*; pero no podía ni *pacer*, ni *trotar*, ni dar muchas *vueltas*. A pesar de esto me levanté con intención de hacer mi corte a la aurora; estaba ella muy hermosa, y yo muy feo; su cara rosada anunciaba su buena salud. Aunque jóvenes los dos, éramos antiguos amigos, y me figuraba que sus lágrimas eran para mí.

Me interné en el bosque, sin tristeza; la soledad me había devuelto mi modo de ser. Yo cantaba la romanza del infortunado Cazotte:

Tout au beau milieu des Ardennes,
Est un château sur le haut d'un rocher, etc., etc.

¿No fué en el torreón de este castillo

de fantasmas donde el rey de España, Felipe II, hizo encerrar a mi compatriota el capitán La Noue, nieto de una Chateaubriand? Felipe consentía en soltar al ilustre prisionero, si éste consentía en dejarse sacar los ojos; el preso estuvo a punto de aceptar la proposición, tan ansioso estaba de volver a su querida Bretaña. ¡Ay! yo estaba poseído de su mismo deseo, y para quitarme la vista, no necesitaba más que del mal con que Dios se había servido afligirme. De cuando en cuando oía el sonido de la bocina de un porquero; entré a descansar en la choza de un pastor, donde no encontré más que un gatito que me hizo mil graciosas caricias. El pastor se hallaba algo distante, en pie, los perros sentados alrededor de los carneros; de día, este pastor cogía hierbas, era médico y hechicero; por la noche miraba las estrellas y era un pastor caldeo.

Después hice alto en un cebadero de ciervos; los cazadores pasaban a distancia. Una fuente murmuraba a mis pies; en el fondo de la fuente, en este mismo bosque, Orlando *innamorato*, pero no *furioso*, vió un palacio de cristal, lleno de damas y de caballeros. Si el paladín, que fué a reunirse a las brillantes náyades, hubiera dejado al menos a Brides de Oro a la orilla de la fuente; si Shakespeare me hubiera enviado a Rosalinda y al duque desterrado, me hubieran hecho un verdadero servicio. Mis ideas, debilitadas, flotaban en un caos sin encanto: mis antiguos fantasmas me rodeaban para decirme adiós. Ya no tenía la fuerza de los recuerdos; veía en un horizonte indeterminado, mezclado de imágenes desconocidas, las formas aéreas de mis parientes y amigos. Cuando me senté en el borde del camino me pareció ver rostros que me sonreían en el dintel de las cabañas lejanas, en el humo azul de las chozas, en la cima de los árboles, en lo transparente de las nubes y en las gavillas iluminadas por el sol, que dejaba caer sus rayos sobre los arenales como un rastro de oro. Ya no podía andar; me sentía extremadamente mal; la viruela se internaba y me sofocaba.

Al atardecer me tendí en el suelo sobre la espalda, en una zanja, con la cabeza apoyada en el saco de Atala, la muleta a mi lado, los ojos fijos en el sol, cuyos rayos se apagaban al par que mis miradas. Saludé con toda la dulzura de mi pensamiento al astro que había alumbrado mi primera juventud en mis landas

paternales; los dos nos acostamos al mismo tiempo, él para levantarse más glorioso, yo, según todas las probabilidades, para no volver a despertarme. Me desvanecí con un sentimiento religioso: el último ruido que oí fué la caída de una hoja y el canto de un pájaro.

Estuve desmayado cerca de dos horas. Los furgones del príncipe de Ligne pasaron por allí; uno de los conductores, que se había parado a cortar una vara de álamo, tropezó conmigo, sin verme: creyéndome muerto, me empujó con el pie: yo di señales de vida. El conductor llamó a sus camaradas, y por un instinto de piedad me echaron en un carromato. Los vaivenes me resucitaron; cuando pude hablar a mis salvadores, les dije que era un soldado del ejército de los príncipes; que si querían llevarme a Bruselas, les pagaría lo que valiera. «Bueno, camarada—contestó uno de ellos—; pero será preciso que te apees en Namur, porque nos está prohibido llevar a nadie. Te volveremos a coger al otro lado de la ciudad.» Pedí de beber; me dieron algunas gotas de aguardiente, que hicieron aparecer los síntomas de mi mal, y que desahogaron mi pecho: la naturaleza me había dotado de un vigor extraordinario.

A las diez de la mañana llegamos a los arrabales de Namur. Salté a tierra, y seguí los carros a distancia: pronto los perdí de vista. Me detuvieron a la entrada de la ciudad. Mientras examinaban mis papeles, me senté bajo la puerta. Dos soldados de la guardia, viendo mi uniforme, me ofrecieron un pedazo de pan de munición, y el cabo me brindó un vaso de aguardiente. Yo hice algunos cumplimientos rehusando beber en la copa de la hospitalidad militar. «¡Toma!» dijo colérico, acompañando su mandato con un *sacrement der teufel*.

Atravesé Namur con dificultad: iba apoyándome en las paredes. La primera mujer que me vió salió de su tienda, me dió el brazo con aire compasivo, y me ayudó a caminar; le di las gracias, y me respondió: «No, no, soldado.» Muy pronto llegaron otras mujeres llevando pan, vino, frutas, leche, ropas y mantas. «Está herido», decían las unas en su patuá francés brabantón. «Tiene viruelas», replicaban otras; y apartaban los niños. «Pero, joven, no podrá usted andar; va a morirse; quédese en el hospital.» Se relevaban de puerta en puerta, y así me condujeron hasta llegar a la de la ciu-

dad, a cuya salida hallé los furgones. Se ha visto a una paisana socorrerme, se verá otra recogíendome en Guernesey. ¡Mujeres que me habéis asistido en mi infortunio; si vivís todavía, que Dios ayude vuestra ancianidad y alivie vuestros dolores! ¡Si habéis muerto, que vuestros hijos gocen de la felicidad que el Cielo me ha negado durante tanto tiempo!

Las mujeres de Namur me ayudaron a subir al furgón, recomendándome al conductor, y me obligaron a aceptar una manta. Observé que me trataban con una especie de respeto y deferencia: hay en la naturaleza del francés algo de superior y delicado que reconocen los otros pueblos. Los servidores del príncipe de Ligne me dejaron otra vez en el camino a la entrada de Bruselas, y no quisieron tomar mi último escudo.

En Bruselas no me admitían en ninguna posada. El Judío Errante, Orestes popular que la justicia llevó a esta ciudad,

Quand il fut dans la ville
De Bruxelles en Brabant,

fué mejor recibido que yo, porque siempre tenía cinco sueldos en su bolsillo. Yo llamaba; abrían, y, al verme, me decían: «Largo, largo», dándome con la puerta en las narices. Me echaron de un café.

Me había presentado inútilmente en la fonda donde había vivido con mi hermano; hice una segunda tentativa; al acercarme a la puerta, vi al conde de Chateaubriand que bajaba del coche con el barón de Montboissier. Mi aspecto le asustó. Buscaron una habitación fuera de la fonda, porque el dueño rehusó admitirme. Un peluquero ofrecía un chiribitil adecuado a mi miseria. Mi hermano fué a buscar un médico y un cirujano. Había recibido cartas de París: el señor de Malesherbes lo invitaba a regresar a Francia. Me refirió la jornada del 10 de agosto, las matanzas de septiembre, y las noticias políticas que yo ignoraba. Aprobó mi proyecto de pasar a la isla de Jersey, y me dió veinticinco lises. La debilidad de mi vista apenas me permitió distinguir las facciones de mi desgraciado hermano: yo creía que estas tinieblas emanaban de mí, y eran las sombras que la eternidad derramaba alrededor de él: sin saberlo, nos veíamos por la última vez. Todos cuantos vivimos no tenemos más que el minuto presente; el que le sigue es de Dios; hay siempre dos inconvenientes para no volver a encontrar al amigo

a quien dejamos: nuestra muerte o la suya. ¿Cuántos hombres no han vuelto a subir la escalera por donde habían bajado?

Sentimos la muerte en la de un amigo: es algo que se desprende de nosotros, un mundo de recuerdos de la infancia, de intimidades de familia, de afecciones e intereses comunes que desaparecen. Mi hermano me precedió en el seno de mi madre; él habitó el primero estas santas entrañas, se sentó antes que yo en el hogar paterno; me aguardó muchos años para recibirme, darme mi nombre cristiano y unirse a toda mi juventud. Mi sangre, mezclada a la suya en el vaso revolucionario, hubiera tenido el mismo sabor, como la leche del pasto de una montaña. Los hombres han derribado la cabeza de mi hermano mayor y la de mi padrino antes de tiempo; pero los años no perdonarán la mía; ya mi frente se arruga; y siento que el tiempo, nuevo Ugolino inclinado hacia mí, me roe el cráneo.

...come'l pan per fame si manduca.

El doctor no salía de su asombro al mirar esta viruela que entraba y salía sin matarme, que no llegaba a sus crisis naturales y que era como un fenómeno sin ejemplo en la medicina. La gangrena se declaró en mi herida; me la curaron con quina. Obtenidos estos primeros socorros, me obstiné en marchar a Ostende. Bruselas me era odioso; tenía vivos deseos de dejarlo; nuevamente se llenaba de aquellos héroes de la servidumbre, que habían regresado de Verdún en calea, y que no he vuelto a ver en este mismo Bruselas hasta que acompañé al rey durante los *Cien Días*. Llegué cómodamente a Ostende por los canales; allí encontré algunos bretones, compañeros de armas. Fletamos una barca, y descendimos por el canal de la Mancha. Nos acostábamos en la cala, sobre piedras que servían de lastre. Por fin el vigor de mi temperamento se agotó. Ya no podía hablar; los movimientos de la mar alta acabaron de abatirme. Bebí apenas unas gotas de agua de limón, y cuando el mal tiempo nos obligó a arribar a Guernesey, creyeron que iba a expirar; y un sacerdote emigrado me leyó la recomendación del alma. El capitán, no queriendo que muriese a bordo, ordenó que me desembarcaran en el muelle; me sentaron al sol, con la espalda apoyada en el muro, mirando al mar, enfrente de la isla de Aurigny don-

de ocho meses antes había visto la muerte bajo otro aspecto.

Aparentemente estaba expuesto a la piedad. La mujer de un piloto inglés pasaba, y, al verme, se conmovió, llamó a su marido, y éste, ayudado de dos o tres marineros, me condujo a una casa de pescador, a mí, al amigo de las ondas, y me acostaron en una cama buena con ropas muy blancas.

La joven marinera cuidó asiduamente al extranjero: yo le debo la vida. Al día siguiente me volvieron a embarcar. Mi huésped casi lloraba al separarse de su enfermo; las mujeres tienen un instinto celestial para la desgracia. Mi rubia y hermosa guardiana, que se parecía a una figura de los antiguos grabados ingleses, estrechaba entre sus frescas manos las mías ardientes; yo me avergonzaba de acercar tantas desgracias a tantos encantos.

Nos hicimos a la vela, y abordamos la punta occidental de Jersey. Uno de mis compañeros, el señor Tilleul, se dirigió a Saint-Hélier, en busca de mi tío, quien lo envió al día siguiente a buscarme con un carruaje.

Cuatro meses estuve entre la vida y la muerte. Mi tío, su mujer, su hijo y sus tres hijas se relevaban en mi cabecera. Me habían destinado una habitación en una de las casas que se empezaban a edificar a lo largo del puerto; desde la cama veía el mar. El médico, señor Delattre, había prohibido que me hablasen de cosas serias y, sobre todo, de política. A fines de enero de 1793, viendo entrar a mi tío de luto riguroso, temblé, creyendo que habíamos perdido a alguno de la familia; me dió la noticia de la muerte de Luis XVI. No me extrañó: yo la había previsto. Me dieron noticias de mis parientes: mis hermanos y mi mujer habían vuelto a Bretaña, después de los asesinatos cometidos allí; habían sentido mucho abandonar París. Mi hermano, de vuelta en Francia, se había retirado a Malesherbes.

Comenzaba a levantarme; la viruela había pasado, pero sufría del vientre y me había quedado una debilidad que me duró bastante tiempo.

Jersey, la *Cesárea* del itinerario de Antonino, ha pasado a la corona de Inglaterra desde la muerte de Roberto, duque de Normandía; hemos intentado recuperarla en distintas ocasiones, pero siempre sin éxito. Esta isla es un resto de nuestra primitiva historia; los santos

que iban de Hibernia y de Albión a la Bretaña-Armórica, descansaban en Jersey.

Los vándalos asesinaron al ermitaño San Hilario, que habitaba en las rocas de Cesárea.

Se encuentra en Jersey rastro de los viejos normandos; parece que se oye hablar a Guillermo el Bastardo o al autor del *Romance de Rou*.

El suelo es fecundo; tiene dos ciudades y doce parroquias; está cubierta de casas de campo y de rebaños. El viento del Océano, que parece desmentir su rudeza, da a Jersey miel exquisita, leche de extraordinario dulzor y manteca de un amarillo subido, que huele a violetas. Bernardin de Saint-Pierre presume que el manzano fué importado de Jersey: se equivoca; la pera y la manzana vinieron de Grecia; el albréchigo, de Persia; el limón, de la Medea; la ciruela, de Siria; la cereza, de Cesaronte; la castaña, de Castana; el membrillo, de Cidon, y la granada, de Chipre.

Experimenté un gran placer en salir los primeros días de mayo. La primavera conserva en Jersey toda su juventud; todavía se podría llamar *primula*, como en otro tiempo; nombre que ha envejecido y ha dejado a su hija la primera flor con que se engalana.

Aquí os transcribiré dos páginas de la vida del duque de Berry; es igual que contaros la mía:

«Después de veintidós años de combate, se rompió la barrera de bronce que aprisionaba a Francia; la hora de la restauración se acercaba; nuestros príncipes abandonaron su retiro. Cada uno se dirigió a distintos puntos de la frontera, como esos viajeros que intentan, a costa de su vida, penetrar en un país, del que se cuentan maravillas. El hermano mayor del rey se dirigió a Suiza; el duque de Angulema fué a España, y su hermano a Jersey. En esta isla, donde algunos jueces de Carlos I murieron ignorados de la tierra, encontró el señor duque de Berry realistas franceses, envejecidos en el destierro, y olvidados por sus virtudes, igual que en otro tiempo los regicidas ingleses por su crimen. Encontró ancianos sacerdotes, consagrados a la soledad; y realizó con ellos la ficción del poeta que hace abordar un Borbón a la isla de Jersey después de una borrasca. Este confesor y mártir podía decir al heredero de Enrique IV, como el ermitaño de Jersey a este gran rey:

Loin de la cour alors, dans cette grotte obscure,
De ma religion je viens pleurer l'injure.

HENRIADE.

»El duque de Berry pasó algunos meses en la isla; el mar, los vientos, la política, lo encadenaron allí. Todo se oponía a su impaciencia; estuvo a punto de abandonar su empresa, y de embarcarse para Burdeos. Una carta suya, a la señora mariscalca de Moreau, nos describe sus ocupaciones sobre su roca:

8 febrero de 1814.

«Heme aquí como Tántalo, enfrente de esta desgraciada Francia, que encuentra tantos obstáculos para romper sus cadenas. Vos, que tenéis el alma tan bella, tan francesa, juzgad lo que sufro, ¡cuánto me costará alejarme de esas playas que podría abordar en dos horas! Cuando el sol las ilumina, subo a la cumbre de estas rocas, y con el anteojo en la mano miro toda la costa, y distingo los peñascos de Coutances. Mi imaginación se exalta; me veo saltando a tierra, rodeado de franceses, con escarapelas blancas en los sombreros; oigo el grito de *viva el rey!* ese grito que no ha oído nunca un francés con sangre fría; la mujer más hermosa de la provincia me ciñe una banda blanca, porque el amor y la gloria van siempre unidos. Marchamos a Cherburgo; alguna fortaleza, con guarnición de extranjeros, quiere defenderse; la tomamos por asalto, y parte un buque para ir a buscar al rey, con el pabellón blanco, que recuerda los días gloriosos y felices de la Francia. ¡Ah, señora! Cuando se está a pocos pasos de un sueño tan posible, ¿se puede pensar en alejarse?»

Tres años hace que escribí estas páginas en París: había precedido veintidós años al duque de Berry en Jersey, ciudad de desterrados; en ella había de dejar yo mi nombre, porque Armand de Chateaubriand se casó allí, y en ella nació su hijo Federico.

La alegría no había abandonado a la familia de mi tío de Bedée; mi tía acariciaba siempre un perro que descendía de aquel cuyas virtudes he referido; como mordía a todo el mundo, mis primas lo hicieron matar, en secreto, a pesar de su nobleza.

El señor de Bouillon, que protegía en Jersey a los emigrados franceses, me disuadió de pasar a Bretaña; imposibilitado como me hallaba de soportar una vida de fortalezas y de montañas, me

aconsejó que marchara a Inglaterra, y que buscara allí ocasión de hacer un servicio regular. Mi tío, que andaba escaso de dinero y empezaba a sentir el peso de su numerosa familia, se había visto obligado a enviar a Londres a su hijo a que se mantuviera de miseria y de esperanzas. Temiendo serle gravoso, traté de des- embarazarlo de mi persona.

Treinta luises que me trajo un buque contrabandista de Saint-Malo me pusieron en estado de poner en práctica mi proyecto, y pagué mi flete en el paquebot de Southampton. Al despedirme de mi tío me enternecí profundamente; me había cuidado con el afecto de un padre: a él debía los pocos instantes felices de mi infancia; conocía cuánto le amaba yo; encontré en su fisonomía bastante semejanza con la de mi madre. Yo había abandonado a esta madre excelente, que no volvería a ver; había abandonado a mi hermana Julia y a mi hermano, y estaba condenado a no volverlos a encontrar; me separaba de mi tío, y su marchita fisonomía no debía alegrar otra vez mis ojos. Pocos meses habían bastado para todas estas pérdidas, porque la muerte de nuestros amigos no se cuenta desde el instante en que mueren, sino desde aquel en que dejamos de vivir con ellos.

Si pudiéramos decir al tiempo: «¡alto!» lo detendríamos en las horas de delicias; pero, como no podemos, no vivamos aquí abajo; vámonos, pues, antes de haber visto desaparecer a nuestros amigos y estos años que el poeta encuentra dignos de la vida, *vita dignior aetas*. Lo que cautiva en la edad de las relaciones se convierte en la edad del desamparo en objeto de sufrimiento y pesar. No se desea ya la vuelta de la primavera; antes se la teme. Todavía sentís sus encantos, pero ya no son para vosotros; la juventud que los disfruta a vuestro lado, y que os mira desdeñosamente, os da celos, y os hace comprender mejor la profundidad de vuestro abandono. Podéis amar, pero no ser amados. La fuente de la Primavera ha renovado sus aguas sin renovar vuestra juventud, y la vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz, os reduce a la dolorosa memoria de vuestros placeres.

El barco donde me embarqué estaba lleno de familias emigradas. Allí conocí al señor Hingant, antiguo colega de mi hermano en el parlamento de Bretaña, periódico: «Aunque la persona de mi persona de talento y de gusto, de quien hablaré bastante. Un oficial de marina

jugaba al ajedrez en la cámara del capitán; no reconoció mi cara, ¡tan cambiada estaba!, pero yo reconocí a Gesril. No nos habíamos visto desde Bretaña; debíamos ir juntos hasta Southampton. Le conté mis viajes, y él me contó los suyos. Este joven, nacido a mi lado, entre las olas, me abrazó por última vez, en medio de estas aguas que iba a tomar por testigos de su gloriosa muerte. Lamba Doria, almirante de los genoveses, después de vencer la flota veneciana, sabe que su hijo ha sido muerto: *Que se le arroje al mar*, dice, a imitación de los romanos; como si hubiera dicho: *Que se le arroje a su victoria*. Gesril no salió voluntariamente de las olas, donde se había precipitado, más que para probarles mejor su victoria en sus playas.

Heme aquí, después de mis correrías por los bosques de América y los campos de Alemania; en Southampton, donde llegué pobre y emigrado en 1793 y donde escribo todo esto en 1822, y donde soy ahora magnífico embajador.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

LITERARY FUND. — DESVÁN DE HOLBORN. — DECAIMIENTO DE MI SALUD. — VISITA A LOS MÉDICOS.—EMIGRADOS EN LONDRES. — PELTIER. — OCUPACIONES LITERARIAS. — ME ACOMPAÑO CON HINGANT. — NUESTROS PASEOS. — UNA NOCHE EN LA IGLESIA DE WESTMÍNSTER. — MISERIA. — SOCORRO IMPREVISTO. — ALOJAMIENTO JUNTO A UN CEMENTERIO.—NUEVOS COMPAÑEROS DE INFORTUNIO. — NUESTRAS DIVERSIONES. — MI PRIMO LA BOUÉTARDAIS.

Se ha constituido en Londres una asociación para socorrer a los literatos necesitados, tanto ingleses como extranjeros; invitado a la reunión anual de esta sociedad, consideré como un deber asistir a ella y satisfacer mi cuota. S. A. R. el duque de York ocupaba la presidencia; a su derecha estaban el duque de Somerset y los lores Torrington y Bolton; aceptando la indicación del príncipe, me coloqué a su izquierda. Allí encontré a mi amigo el señor Canning. El ilustre poeta, orador y ministro, pronunció un discurso, en el que hay algunas frases, sobrado honoríficas para mí, que han repetido los periódicos: «Aunque la persona de mi noble amigo, el embajador de Francia, no sea muy conocido en este país, sus